

tarlo segun costumbre. Un relámpago de siniestro júbilo brilla en los ojos del desventurado conde.

—Están bien asentadas vuestras navajas?—pregunta al barbero.

—Como siempre, señor conde, son hojas escogidas.

—De veras?

Y alargando la mano sin afectacion, toma una de las navajas puestas sobre una mesa, la abre, y apartando bruscamente el cuello de la camisa, alza la arma terrible para degollarse; mas á pesar de la rapidez del movimiento, lo notó el barbero, que le cojió el brazo exclamando:

—Ah! señor conde, quereis hacerme perder mi empleo?

—Locos!—gritó á su vez el carcelero, arrojándose sobre Lally:—han dado en ese tema y no piensan sino en molestarnos.

Esfuézense ambos en desarmar al conde, que dotado de una gran fuerza física, les opone una vigorosa resistencia. El barbero pide socorro: el llavero grita á las armas: la campana de alarma suena: toda la guarnicion se alista en un momento; y varios soldados, corriendo al lugar de la escena, quitan la navaja á Lally, precisamente al llegar el gobernador, que era entonces Jumilhac de Cubsac.

—Señor conde,—dijo al preso,—qué mal correspondeis á las consideraciones que se os guardan!

—Pocas palabras,—contestó bruscamente el general.—Mejor que cualquier otro debeis ver, por el modo con que las cosas caminan, que mi pérdida está resuelta; y si teneis alguna humanidad, me haréis devolver esa navaja, á fin de que al ménos no reciba la muerte de manos del verdugo.

—Mirad que ofendeis al rey.

—Ah! sí, al rey. . . . Esa es la palabrota que tienen todos en la boca! . . . El rey, que dejaria degollar á sus mas fieles servidores por complacer á una. . . . Basta, basta, señor. . . ya que habeis dicho *el rey*, suprimid lo demas, para que no se cambie en aversion la amargura de mi alma.

Jumilhac se retiró furioso, y desde entonces se agregaron para Lally-Tollendal, al fastidio del cautiverio, persecuciones de toda clase. No se le volvió á afeitar, y tuvo que comer sin cuchillo ni tenedor, habiendo siempre junto á él un soldado para observar todos sus movimientos.

En tal situacion, el intrépido general veia pasar dias, semanas y meses, sin que le fuera posible columbrar el término de sus males.

En fin, despues de dos años de una secreta sumaria, se presentó el relato de la causa. Lally pidió entonces que se le otorgaran ocho dias para preparar su defensa, plazo que le fué denegado.

—Cómo!—exclamó:—los infames han tardado dos años en forjar las armas empleadas en mí contra, y me niegan todo medio de defensa! . . . Y á eso se llama *justicia!* . . .

No faltaban empero magistrados imparciales. El decano de los sustitutos,

Pierron, que fungia de relator ante los estrados, había pedido el 30 de Abril la plena absolucion del conde de Lally, sobre todos los puntos no relativos á la parte militar, respecto de la cual se suplicaba al rey nombrara un consejo de guerra. El 2 de Mayo, el primer abogado general Seguier, defendió ese pedimento con la mayor elocuencia, sin embargo de lo cual el dia siguiente sábado por la mañana, el procurador general firmó otro pedimento en que opinaba por la pena de muerte. El honrado Daujou, apoderado de Lally, que habia conseguido la víspera á las nueve de la noche, y con mucho trabajo, que se corriera traslado al procurador general, le hizo notificar ántes de las diez de la mañana el ocurso sobre atenuacion de la pena y los innumerables documentos en que lo apoyaba, con la lista de los que no habia podido recoger, y que eran necesarios para formar juicio esacto y contestar al mencionado escrito. El procurador general ni siquiera se tomó el trabajo de abrir el paquete que contenia los documentos, y escribió al pié del pedimento que habia firmado, estas palabras, que encerraban una indigna mentira: “Despues de ecsaminar el ocurso. . . y los documentos adjuntos enunciados en él. . . persisto en mi anterior opinion.”

En fin, este increíble proceso terminó con la sentencia siguiente:

“Visto por la corte, en la gran cámara reunida, el proceso criminal comenzado por el preboste de Paris, ó su segundo en el Châtelet. . . oido el relato de Mr. Dionisio Luis Pasquier, consejero, y todo bien considerado, la corte, deseando el ocurso y petición del espresado Lally, así como las tachas que ha puesto á los testigos, las cuales se declaran impertinentes é inadmisibles, declaró á Tomas Arturo de Lally, plenamente convicto de haber traicionado los intereses del rey, de su Estado y de la Compañia de las Indias: de abuso de autoridad, vejaciones y esacciones para con los súbditos del rey y estrangeros vecinos de Pondichery; en reparacion de cuyos delitos y otros constantes en autos lo ha privado de sus bienes, honores y dignidades, lo ha condenado y condena á ser decapitado por el verdugo en un cadalso que se levantará con tal objeto en la plaza de Grève: declara todos sus bienes adquiridos y confiscados para el rey, deduciéndose previamente de él la suma de diez mil libras de multa, destinada al pan de los presos de la Conserjería de palacio, y trescientas aplicables á los pobres habitantes de Pondichery, en los términos que tenga á bien disponer el rey.”

“Causó asombro,” dice Anquetil, “que la sentencia no dijera espresamente que habia vendido Lally la ciudad. La frase de que habia traicionado los intereses del rey, no parecia equivalente de las que se hubieran debido emplear para caracterizar una vil y baja perfidia, que era necesario designar con su propio nombre si estaba probada, aún cuando no fuera mas que para justificar el rigor de semejante sentencia contra un oficial general, que á la cabeza del regimiento de su apellido, habia combatido por la Francia en ocho batallas campales, asistido á diez y ocho sitios, de los que varios habian tenido buen éxito bajo su direccion, recibido catorce heridas, y á quien recomendaban por

“último la ciencia de las marchas y de los campamentos, su actividad y una serie de servicios tan útiles como brillantes.”

En la misma sentencia se absolvió al conde de Aché y demás acusados, para salvar las apariencias.

El fallo escitó una indignación general. El primer presidente, no obstante toda su mala voluntad, no osó rehusar á los amigos del general un plazo de tres días; pero al mismo tiempo fué una diputación del parlamento á ver al rey para invitarlo á que encadenara su clemencia.

Por su parte el mariscal de Soubise pasó á Choisy, donde se encontraba el monarca, y se echó á sus piés. El ministro de la guerra, que estaba presente, hizo otro tanto, pidiendo ambos en nombre del ejército, el perdón de Lally. El rey respondió al ministro con pesados indecisiones: “Vos lo mandásteis prender; ahora es ya demasiado tarde. Está juzgado!... está juzgado!...”

Entretanto el desgraciado general, que esperaba en silencio en su oscuro calabozo el resultado del aplazamiento, y de los pasos de sus amigos, vió entrar al carcelero, que con voz triste le rogó le siguiera á la capilla de la Conserjería. Lally se paró y lo siguió. Al entrar vió guardias, un escribano y un confesor, y comprendió que su suerte estaba decidida, y que se acercaba su última hora.

El escribano le notificó la sentencia con voz conmovida:

—Abreviad,—le dijo el general.

Cuando se llegó á las palabras “haber traicionado los intereses del rey,” exclamó el general con voz estrepitosa:

—Eso no es cierto!... jamás!... jamás!...

Acabada la lectura, prorumpió en imprecaciones contra sus jueces y contra el ministro, á quienes acusaba de su perdición.

Poco á poco dejó de hablar, se recojió, se puso la mano sobre el corazón, se arrodilló ante el altar, y cayó bañado en sangre. Acababa de meterse en el pecho un compas que no le llegó al corazón. Su confesor se le acercó en el acto, le quitó el compas de las manos, y le prodigó con dulzura las palabras y consuelos de la religión. En aquel momento entraron el relator y otro comisario de la gran cámara, que venían á saber de su boca los nombres de sus cómplices é instigadores, y á advertirle que no debía ya contar con el indulto. El sentenciado les dijo por conducto de su confesor que los perdonaba, después de lo cual apartó la cabeza, y siguió hablando con el digno sacerdote, cuya presencia dulcificaba sus últimos momentos.

Apénas había terminado esa postrera plática, cuando vió entrar un personaje de siniestra figura, que se le acercó con ademán vergonzoso, como si fuera á cometer una mala acción. Era el verdugo, que iba de orden superior, á ponerle una mordaza, y que más humano que los que lo enviaban, desempeñaba temblando tan infame encargo. Con el auxilio de las exhortaciones del confesor, Lally sofocó su indignación y se sometió.

Como se temía la efervescencia popular, se había anticipado la ejecución nada ménos que seis horas. El digno cura que auxiliaba al sentenciado, había obtenido de la autoridad que lo sacaran de la Conserjería con hachas, en su carroza, seguido de un carro fúnebre y de varios coches de amigos, que consentían en cumplir con estos últimos y penosos deberes. Se faltó á lo prometido, y al salir de la Conserjería, en vez de su carroza que esperaba, el general vió aproximarse una infame carreta, en la que se le hizo subir. Entonces, á pesar de lo difícil que le era hablar, gritó bastante recio:

—*Dispuesto estaba á esperarlo todo de parte de los hombres; pero no creía que me engañarais vos, señor, vos!*

El cura le respondió en voz alta, para ser oído de los concurrentes:

—Señor conde, no digais que yo os he engañado: decid que nos han engañado á los dos.

El cortejo fúnebre se puso en marcha por entre un inmenso concurso de espectadores, conmovidos hasta saltárseles las lágrimas, al ver aquel noble anciano, cubierto de honrosas cicatrices, y contra quien se había desplegado una crueldad sin ejemplo.

Llegado á la plaza de Gréve, al pié del cadalso, dos comisarios del parlamento, que lo esperaban en las casas consistoriales, le mandaron preguntar si nada tenía que declararles. “Dígaseles,” contestó el conde, “que Dios me ha hecho la gracia de perdonarlos en este momento, y que si los volviera á ver, quizá no tendría valor para ello.” Pronunciadas estas palabras, subió con paso firme las gradas del cadalso, se hizo vendar los ojos, y se arrodilló, esperando sin temor el golpe fatal.

Pero al ver tanta resignación, al ver aquella cabeza venerable y aquellas canas, el verdugo se sintió conmovido: faltó firmeza á su brazo, é hizo en la cabeza del conde una herida espantosa. El sentenciado cayó sobre el cadalso, acometido de atroces dolores. Hasta el cuarto golpe logró el verdugo separar la cabeza del cuerpo, entre las imprecaciones de la muchedumbre llena de indignación y de horror.

El desventurado Lally había tenido por algún tiempo de vecina en la Bastilla á una querida del rey, la señorita de Tiercelin, hija del conde Tiercelin de La Roche du Maine. Mientras se desesperaba al general, se trataba á la linda cortesana con particular esmero, con las mayores consideraciones: el gobernador llevaba su galantería al extremo. La hermosa cautiva no contaba más que diez y seis años: podía recobrar su prestigio, y Jumilhac no echaba en saco roto tal consideración. Pero qué había hecho la donosa niña? Casi nada, como vais á verlo.

Catorce años iba á cumplir la señorita de Tiercelin, cuando Lebel, ayuda de cámara del rey, que siempre andaba en pos de bellezas nuevas, puso los ojos en ella, y ofreció al conde su padre presentarla al monarca, lo que el honrado gentil-hombre aceptó con gusto, comprendiendo las consecuencias del acto, y todo el favor de que gozarían si el éscito era satisfactorio. Así fué de pronto, porque

la jovencita estaba demasiado bien enseñada para no sacar de sus catorce años y de su hermosura todo el partido conveniente.

Todo iba, pues, á pedir de boca en la mas corrompida de las cortes, cuando le ocurrió á la señorita Tiercelin, un día que fué á visitarla su confesor, abate jóven y galante, que el gallardo mancebo era preferible al viejo y cascado monarca. El confesor habia comprendido por su parte, que una favorita de quince años, no debia encontrar en la generosidad de su real amante suficiente compensacion de los sesenta inviernos que pesaban sobre la real cabeza, y se propuso hacer aceptar sus homenajes para restablecer el equilibrio.

Pero este arreglo no convenia al conde de La Roche du Maine. En cuanto al rey no habia dificultad, porque pagaba bien, así como por la perspectiva de pensiones, cruces, empleos; pero á un abate de quien no se podia sacar raja, era necesario despedirlo con cajas destempladas. A esto se agrega que la loca jóven pidió para su segundo amante parte de lo que debia conseguir para su padre. Por tan poderosas consideraciones, el señor conde declaró á su hija, que habia tomado la resolucion de no consentir que se comprometiera, tolerando por mas tiempo los amores de un hombre de la nada.

—Papá,—respondió la respetuosa niña,—bien sabeis que gracias á los amores de otro, puedo hacer algo de la nada.

—Deslenguada! . . . no te falta mas que sacrificar la fortuna de tu padre á la de ese abate perdulario.

—Qué tiranía tan espantosa es la que intenta privarme de mi confesor?

—Obra con juicio, hijita: ten todos los confesores que quieras, y confíesate desde por la mañana hasta por la noche, si eso te divierte, segura de que no me opondré á que lo verifiques, con tal de que no sufran detrimento los derechos del rey.

—No, no; no quiero muchos amantes; me conformo con uno, y ese ya lo tengo y no he de dejarlo.

—Pues yo te repito que no lo consiento.

—Y yo os declaro, que si tratais de violentarme en el particular, me quejaré al rey.

—Si te atreves á tanto,—esclamó el conde con cólera,—yo explicaré á S. M. por qué esijo que quiebres con el abate. Piénsalo bien: veinte y cuatro horas te doy para que lo reflexiones.

Apénas salió, cuando el abate, escondido en el tocador, desde donde lo habia oído todo, se arrodilló á los piés de su linda penitente, á la que dijo:

—Ángel mio, tendrás el espantoso valor de sacrificar á quien te ama mas que á su vida?

—No, no he de ceder.

—Condenarme á no verte mas! . . . Eso equivaldria á matarme en el acto.

—No te aflijas, amigo mio: dame mas bien un buen consejo para parar el golpe que nos amaga, porque mi padre es capaz de realizar su amenaza.

—Hay un medio infalible de evitarlo.

—Dilo . . . dilo pronto.

—Escúchame con calma. El señor conde es ya anciano: su carácter irascible no puede ménos de ir en aumento, por ser tal el efecto ordinario de una vida activa sobre esos temperamentos. Es hombre que tiene suma necesidad de descanso.

—No advierto qué tiene que ver eso con . . .

—Voy á manifestártelo. Ya que el conde necesita descanso, y que no quiere tomarlo, es preciso dárselo por fuerza. Los ministros no pueden negarte nada, y Mr. de La Vrilliere en particular, es todo vuestro: decidle que la tiranía de vuestro padre os tiene desesperada: que quiere impedir que empleis vuestro crédito con el rey en favor de vuestros amigos, de los cuales el mejor es ese ministro, á quien pediréis una orden de prision, asegurándole, que os es inevitable para evitar una catástrofe.

—Quieres que encarcele á mi padre! . . .

—Dios mio, yo no quiero otra cosa que adorarte toda mi vida. No hay que asustarse con palabras: una cárcel puede ser una mansion muy soportable, porque se puede estar allí muy bien alojado, disfrutar del placer del paseo, hacerse servir régicamente.

—Hay cárceles en que se recibe ese trato?

—En todas lo recibe el que es rico y va bien recomendado.

—Estás seguro, mi querido amigo?

—Te lo juro, por tus lindos ojos.

—En tal caso voy á ver á la Vrilliere.

—Eres un ángel! . . . Te deseo el mejor éxito.

Como decia el abate, los ministros nada podian negar á una linda dama que tenia el honor de agradar á su amo. La Vrilliere comprendió perfectamente el filial cariño de la seductora jóven, que deseaba impedir que incurriera su padre con un escándalo en la cólera del rey, y espidió la orden de prision. El siguiente dia fué el conde aprehendido sin saber por qué. Se le cendujo á Ruan, donde se le metió en la cárcel de Saint-Lot, por habarlo querido así el abate, á fin de que el preso no estuviera en comunicacion con sus amigos.

Concebimos cuán dificultoso es para la gente honrada creer en tales infamias, y sin embargo, nos falta todavía algo que agregar, pues la virtuosa niña no se contentó con el encarcelamiento. Se trataba al conde en su prision con tanto rigor, que resolvió hacerse matar ó recobrar su libertad, con cuyo objeto organizó un complot en el que entraron todos sus compañeros de que cautiverio, habian logrado ya proveerse de armas, y se disponian á evadirse á fuerza abierta, cuando estalló un motin en la ciudad á consecuencia de la carestía de granos. Como sucedia casi siempre en tales casos, las cárceles fueron atacadas y los presos puestos en libertad. El conde, salido con los demas, se habia refugiado en casa de uno

de sus amigos. Su hija lo hizo buscar, y cogido de nuevo, se le encarceló en S. Lázaro, en virtud de una segunda orden del ministerio, y de allí se le trasladó á Vincennes, donde murió.

¿No parece que el contacto del rey trasformaba en furias á esas cortesanas, que no dejaban la prostitucion sino por la venganza y por el crimen?.... Acabemos la historia de este miserable parricidio.

El abate agradó algun tiempo á la favorita, á la que ocurrió un dia cambiar la sotana por la espada, y el confesor fué suplantado por un jóven oficial de los caballos-ligeros de la guardia del rey. El abate calló, pero se puso á obrar, y pocos dias despues se presentó el superintendente de policia en casa de la señorita Tiercelin, á la que rogó, de lo mas cuitado, que se dispusiera á seguirlo.

—Y á dónde intentais llevarme, señor?

—Señorita, mucho me duele verme en la necesidad de.... pero la cólera del rey no tardará en aplacarse.... y por eso he querido proceder con el mayor secreto posible.

—Os habeis vuelto loco?.... Tal parece en efecto que habeis perdido el juicio.

—Lo que hay de cierto es que padezco con esceso.

—Se conoce á primera vista.

—Sí, me es sobremanera doloroso verme obligado á encerrar á tan preciosa dama, en esa triste casa de la puerta de San Antonio.

—Llevarme á mí á la Bastilla!.... Repito que os habeis vuelto loco.... Si es una chanza, os advierto que no es de mi gusto, y el rey, á quien espero en este momento, será probablemente de mi opinion.

—Señorita, cabalmente por orden suya he venido aquí.

—No puede ser: no hace todavía dos horas que estaba yo en el cuarto de S. M.

—Dignaos leer esta orden.

Y el superintendente enseñó la de prision, que el monarca habia firmado la víspera, lo que no le habia impedido pasar la noche con aquella muger, bien digna de estar al servicio de semejante amo.

Fué preciso someterse, y la jóven favorita vió abrirse y cerrarse tras de ella las pesadas puertas de la temible fortaleza, en la que se le recibió con todas las muestras de la mas profunda consideracion, pues era á la vez tan niña y tan bonita, que parecia probable que no tardaria el rey en echarla ménos, y tanto el gobernador como el superintendente de policia obraban previendo ese acontecimiento.

Al saber que se la acusaba de haber estado en correspondencia culpable con la Prusia, la señorita Tiercelin adivinó que el golpe venia del abate, y se propuso vengarse; pero esos dos infames se entendian demasiado bien para no hacer pronto las paces, y cuando la desnaturalizada hija recobró la libertad, despues de patentizar la falsedad del cargo, lejos de vengarse, reanudó sus relaciones con su ex-confesor, que fué por su parte ménos quisquilloso en lo sucesivo, consintiendo en que se infringiera el contrato cuantas veces quiso la jovencita.

Se habia vuelto entónces moda acusar de correspondencia con el extranjero á

